

El proyecto de la iglesia: edificar con atención espiritual personalizada

Introducción

Abres la caja. Sacas las tablas, la bolsita de tornillos, y te sientas en el suelo con el cuaderno que explica el montaje. Sin palabras, sólo dibujos. Bienvenido a “La república independiente de tu casa”. Has comprado un mueble de Ikea. Hay personas que se asustan frente a un proyecto tan sencillo como montar un mueble de Ikea. O como hacer una reforma en tu casa. Por eso hay programas de televisión que tratan de quitarle el miedo a los televidentes. Sobre todo en tiempos de crisis. Salen libros a la venta, se ofrecen cursillos sobre el bricolaje. Pintar la casa, vestir un armario, montar una estantería: la diferencia entre pagar a otro y hacerlo uno mismo empieza a animar la iniciativa bricolajística en estos tiempos.

El libro de Nehemías gira en torno a un gran proyecto de construcción: levantar las murallas de la ciudad de Jerusalén. La nota dominante del libro tiene que ver con la construcción y dedicación de las murallas, como luego estructurar la vida de la ciudad contando con su protección **(Neh 1:11) (Neh 2:5) (Neh 3:1-2) (Neh 4:6) (Neh 6:1) (Neh 6:15) (Neh 12:27) (Neh 13:19)**. Edificar el muro es una empresa grande, algo que exige el esfuerzo compartido de muchas personas, y que también ha despertado la oposición de otras que no quieren cambios de ningún tipo. Éstos están empeñados en que todo siga igual, que las cosas se mantengan como están.

Sin embargo, Dios tiene una prioridad: levantar una ciudad de luz. Antiguamente era la ciudad de Jerusalén. Ahora es la iglesia local. La intención del Señor es que la iglesia local cumpla todas las funciones que antiguamente era propias de Jerusalén, para que sea *“hermosa provincia, el gozo de toda la tierra”*. La iglesia está llamada a encarnar las bendiciones que son fruto de la cercanía al Dios de verdad: dirección, provisión, renovación, protección.

El éxito del proyecto fluye de la clase de persona que es Nehemías. Su preocupación por el testimonio, su dependencia de Dios, su energía al llegar al lugar para implicarse personalmente, sus capacidades para la organización, su astucia santificada en tratar con los adversarios, su abnegación y su generosidad, todo esto inspira a los demás judíos y produce en ellos la disposición de seguirle. En todo esto Nehemías anticipa la persona de Jesucristo, que reclamaría la obediencia de las personas en virtud de su carácter personal: *“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón...” (Mt 11:29)*.

Las listas de Nehemías

El proyecto del libro de Nehemías es levantar las murallas de Jerusalén. El capítulo tres, donde comienza el relato de reconstrucción, se trata de una larga lista de personas, con lo que aporta cada uno. El estilo literario de esta porción (una lista de nombres) parece monótono, pero encierra una verdad muy importante. Esta lista, como todas las listas del libro de Nehemías, destaca la atención divina hacia la persona particular. Dios se fija, Dios se acuerda. Cada persona es importante para él. Las listas de este libro (como también las de Esdras) apuntan al conocimiento divino de cada individuo y cómo bendice a cada uno según su servicio. Hay promesas del Nuevo Testamento que vienen anticipadas aquí.

(Neh 3:1-32) es una relación de las distintas familias que participan en la obra, con algunas de sus circunstancias personales. Son personas que cargan con bloques de piedra, mezclan el mortero, acarrean escombros, o trabajan la madera de las puertas, con el fin de dejar rematada una porción del muro. Trabajan largas horas. Se cansan. Es un esfuerzo sobrehumano. El hecho de quedar registrados sus nombres quiere decir que Dios no se olvida de los que sirven, atendiendo a los demás. El Nuevo Testamento lo expresa con estas palabras:

(He 6:10) “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.”

En **(Neh 7:5-73)** se encuentra otra lista, los que volvieron con Zorobabel de Babilonia a la tierra de Israel. Muchos judíos optaron por no volver. Ya tenían su vida hecha en Mesopotamia: con amistades en el barrio, los niños en la escuela, su trabajo establecido. Era más fácil quedarse allí donde estaban. Pero los que hicieron maletas y tomaron la decisión de volver a la tierra prometida, una vez promulgado el edicto de Ciro, sentían otra cosa. Su afán era buscar a Dios y su reino. Conocían la promesa del Redentor, sabían que éste llegaría a la tierra donde había vivido Abraham, y su único deseo era participar en todo aquello. Son como las ovejas a que se refiere el Señor Jesucristo: *“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Jn 10:14)*. La lista de Nehemías 7 nos recuerda que Dios conoce a todos aquellos que lo buscan de verdad. Conoce a su ovejas.

En **(Neh 10:1-27)** hay una lista de los príncipes **(Neh 9:38)** y los cabezas del pueblo **(Neh 10:14)**, con los sacerdotes y levitas. Son dirigentes entre el remanente, y el hecho de figurar en la lista apunta a una gran verdad: Dios toma nota de los que asumen responsabilidades. El Nuevo Testamento lo expresa con las siguientes palabras:

(He 13:17) “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.”

(1 P 5:4) “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.”

En **(Neh 11:1-24)** figura una relación de los que se trasladaron, cada uno de su pueblo, a Jerusalén. Dejar la heredad ancestral de la familia representaba un gran sacrificio que estas personas asumieron con el fin de dar consistencia al testimonio de la ciudad de luz. Recuerda lo que haría José de Chipre muchos años después, al vender su heredad para ayudar con las necesidades de los nuevos creyentes en Jerusalén después de Pentecostés **(Hch 4:36-37)**. Su sacrificio voluntario aporta consuelo a los necesitados, y por eso los apóstoles le ponen el mote de *“Bernabé”*. La lista de Nehemías sugiere que Dios recuerda a todos aquellos que asumen sacrificios en pro del reino de Dios. Serán recordados y ampliamente recompensados. Jesucristo lo dice así:

(Mt 19:28-29) “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.”

La reconstrucción del muro de Jerusalén es el tema principal del libro de Nehemías. Las listas señalan que todos los que participan -de la manera que sea- serán recordados y recompensados. Con esta certeza en mente, se puede pasar a considerar el significado de *“edificar”* a la luz del Nuevo Testamento.

La noción de edificar

Al terminar el Sermón del Monte, Jesús compara la respuesta que cada oyente podría dar a sus palabras a una obra de construcción: *“cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca...”* (**Mt 7:24**). *“Edificar”* comporta ideas de esfuerzo, sabiduría y constancia. Cuesta trabajo, hay que “sudar la camiseta”. También se requieren ciertos conocimientos para edificar bien y no mal. Hace falta saber qué hacer para no levantar un tabique torcido. El hecho de edificar también sugiere todo un proceso: echando los cimientos, colocando ladrillo sobre ladrillo, y rematando con los carpinteros al final. Hace falta paciencia y constancia, porque hay toda una serie de pasos que seguir. Roma no se levantó en un día, como Zamora tampoco cayó en una hora.

La idea se aplica no sólo a la edificación de una vida, sino también al levantamiento de un testimonio de Dios en la tierra. Cuando Jesús dice *“edificaré mi iglesia”* (**Mt 16:18**), anuncia que él gastará energías (a través de sus siervos, sosteniéndolos por su gracia), que transmitirá conocimientos (para que lo hagan bien), y que será un proceso de larga duración. La nueva asamblea del Señor invitará las miradas de los habitantes del mundo, pero costará trabajo hacer que ésta llegue a ser todo lo que debe ser.

Esfuerzo, sabiduría y constancia son los ingredientes esenciales.

Los apóstoles asumen las palabras de Jesucristo. Pablo dice que no quiere edificar sobre fundamento ajeno (**Ro 15:20**). El comprende que la intención de Cristo (*“yo edificaré mi iglesia”*) se plasma en la obra de sus siervos en todo el mundo, ya que Cristo ahora vive en ellos por su Espíritu. Cada uno de ellos ejerce en su lugar, edificando -de una manera u otra- la asamblea local que encarna las cualidades de la asamblea universal. Cada siervo del Señor lleva a cabo, en un sentido espiritual, la obra física que Nehemías realizó en su día.

Pablo dice a los corintios que había trabajado entre ellos como perito arquitecto (**1 Co 3:10-15**). Hacía falta conocer el oficio, dominar cierta información (tanto con respecto al contenido bíblico como la manera de acercarlo a las personas). También afirma que él puso el fundamento. Esto se refiere a la predicación inicial del evangelio. Las personas necesitan, antes que nada, un mensaje acerca de su condición ante Dios y cómo establecer una relación verdadera con él mediante la fe en Cristo. La edificación de la obra del Señor empieza con el anuncio del evangelio, el mensaje de salvación.

Luego se levanta un edificio sobre el fundamento de la conversión. Se puede hacer bien (con *“oro, plata, piedras preciosas”*) o mal (con *“madera, heno, hojarasca”*). La calidad del material se evidencia con el fuego: *“por el fuego será revelada”* (**1 Co 3:13**). La palabra *“día”* (*“el día la declarará”*) parece referirse al día de la prueba: cualquier experiencia fuerte que ponga a prueba la calidad de la vida espiritual del cristiano, pero también -en última instancia- la prueba final del tribunal de Cristo. La crisis, como la lluvia, los ríos, y el viento mencionados por Jesucristo en el Sermón del Monte, tumba la casa o golpea contra ella sin efecto relevante.

El contraste entre las dos clases de materiales y los resultados consiguientes, alude a dos maneras distintas de enfocar la atención espiritual hacia los creyentes. Son dos filosofías de ministerio, para lograr el fortalecimiento de la iglesia. Se puede enseñar doctrinas humanas y emplear métodos indignos del evangelio, pero será mucho mejor enseñar todo el consejo de Dios, dando ejemplo de vida espiritual y colaborando con Dios a cada paso, en lo que él quiere hacer para transformar la vida de los creyentes. Este había sido el camino de los apóstoles, al proclamar al Cristo crucificado y resucitado, como también la

visión de Pablo y Apolos cuando habían predicado en Asia. Pablo afirma que los efesios habían sido *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas”* (al creer el mismo evangelio que los primeros discípulos en Jerusalén, **(Ef 2:20)**, y que estaban siendo *“juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”* por el ministerio de los que habían seguido ministrando en Éfeso **(Ef 2:22)**.

Edificar no se limita, sin embargo, a la actividad de apóstoles y profetas. Pablo exhorta a los tesalonicenses a que se edifiquen mutuamente **(1 Ts 5:11)**, y Judas dice lo mismo **(Jud 1:20)**. Pablo alaba a los corintios por la manera en que se edifican en las reuniones a través del ministerio mutuo de la Palabra de Dios, tanto con la predicación **(1 Co 14:4)** como con la oración **(1 Co 14:17)**.

Muy llamativa resulta la exhortación del apóstol Pedro: *“sed edificados”* **(1 P 2:4-5)**. La frase apunta a una actitud receptiva de parte de los que escuchan (deseos de la Palabra, hambre y sed espiritual, ganas de aprender), como también un compromiso de ministerio activo hacia otros hermanos de la congregación. La idea es que en el cuerpo de Cristo todos han de ayudarse unos a otros: a crecer espiritualmente, a madurar en la fe, a alcanzar la *“estatura de la plenitud de Cristo”* **(Ef 4:13)**.

Cuando Pedro dice que se dejen edificar como casa espiritual y como sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, parece indicar que los frutos que el ministerio mutuo han de producir son análogos a los sacrificios levíticos **(Lv 1-7)**:

- Si el holocausto anunciaba la entrega completa de la persona, el ministerio mutuo ha de fomentar la entrega completa de cada cual: *“que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo...”* **(Ro 12:1)**.
- Si la ofrenda de harina plasmaba la consagración de las obras de cada persona, el ministerio mutuo ha de servir para que cada uno se plantee sus obligaciones diarias para la gloria del Señor: *“y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres...”* **(Col 3:23)**.
- Si los sacrificios de paz exteriorizaban la gratitud al Señor en todas las cosas y la generosidad para con otros, el ministerio mutuo ha de fomentar una respuesta parecida a la gracia de Dios: *“De gracia recibisteis, dad de gracia...”* **(Mt 10:8)**.
- Si el sacrificio por el pecado simbolizaba la confesión de pecado y la esperanza en la expiación completa de Cristo, entonces el ministerio mutuo ha de influir para animar la confesión y el perdón: *“soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro...”* **(Col 3:13)**.
- Si el sacrificio por la culpa enseñaba la importancia de la restitución, entonces el ministerio mutuo también debe promover iniciativas para arreglar las ofensas cometidas contra otros: *“Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano...”* **(Mt 5:23-24)**.

Naturaleza del ministerio mutuo

Recopilando los datos del Nuevo Testamento, uno comprende que edificar significa acercar la Palabra de Dios a las personas. Se trata de una atención espiritual personalizada, para ayudar a cada persona a echar mano de Cristo constantemente por la fe. Como dice Pedro: *“acercándoos a él... sed edificados...”* **(1 P 2:4-5)**. Esto supone reuniones, donde se enseña y se escucha la Palabra, donde se ora y se comparte, donde hay conversación antes y después. Pero también supone un acercamiento personal

intencionado, creando espacios para la comunión fuera de las reuniones establecidas. Significa quedar para tomar café, comer, pasear, todo con el fin de fomentar amistades genuinas dentro del marco de un compromiso compartido, de andar con Cristo y honrarle en nuestras vidas. El apóstol Juan lo tenía muy claro: *“si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros...”* (1 Jn 1:7).

Se empieza la atención espiritual personalizada con la persona inconversa, el que tiene inquietudes espirituales o se siente atraído hacia la iglesia. Alguien toma la iniciativa, propone una cita para tomar café, profiere gestos de amistad. El fundamento de la edificación -de una vida, de una congregación- es la conversión a Cristo, y esto requiere un acercamiento intencionado.

Pero el principio también se aplica a los que ya son de Cristo: el creyente con más experiencia toma la iniciativa -llamando, proponiendo, quedando, visitando- para forjar un vínculo con otro creyente más joven en la fe. Es un acercamiento con naturalidad, más en clave de amistad sincera que de maestro y estudiante. Uno propone quedar simplemente, y mientras charlan de las cosas de la vida, también introduce temas espirituales: algo que ha aprendido del Señor, alguna oración que Dios ha contestado, algún texto bíblico que le ha hablado, alguna lección que las circunstancias de la vida le han enseñando. No es tanto dar lecciones en clase magistral, sino compartir en tono fraternal.

El objetivo, cuando buscamos la manera de quedar con las personas, es transmitir y reproducir ciertos valores en la vida del otro. Arrancamos de nuestro ejemplo personal de vida cristiana (como Pablo decía, *“sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”*), compartiendo de nuestra experiencia. Pero también oramos y escogemos los temas de conversación con el fin de animar a que los valores de entrega, consagración, gratitud, confesión, y restitución lleguen a plasmarse en su vida. Si crece la confianza, podríamos plantear algún tema de estudio a seguir durante una serie de reuniones programadas (con un cuaderno o libro, o directamente de la Biblia).

A veces conviene formar un grupo pequeño para el estímulo mutuo -entre varias personas- al amor y a las buenas obras. Con tres o cuatro personas las aportaciones se enriquecen; el estudio, la oración, y la reflexión para aplicar la Palabra a la vida puede resultar más edificante. Puede ser un grupo fijo cerrado -por un tiempo limitado o por tiempo indefinido- o un grupo abierto y más espontáneo. Se puede plantear que cada uno comparta libremente (sin estructura alguna en cuanto a los temas), o se puede seguir un tema de estudio que hayamos escogido.

La obra de edificación, con sus matices novotestamentarios, sugiere dos aplicaciones importantes:

No es suficiente hacer cultos. Algunos piensan que si mantenemos reuniones que incorporan los elementos de **(Hch 2:42)** (doctrina de los apóstoles, comunión, partimiento del pan, oraciones), entonces hemos cumplido. La vida de iglesia, sin embargo, consiste en mucho más. Si hemos de dar cuerpo a las bendiciones que fluyen de la cercanía al Dios viviente, haciendo que nuestra iglesia local (la ciudad *“asentada sobre un monte que no se puede esconder”*, en palabras de Jesucristo) cumpla todas las funciones antiguas de la ciudad de Jerusalén, entonces es imprescindible un acercamiento personalizado hacia los hermanos.

No es suficiente exhortar a los hermanos a que asistan. La asistencia a la reunión no es el colmo de la espiritualidad; el objetivo divino es un compromiso de vivir con y para Cristo durante toda la semana, siendo transformados a su imagen. Para esto, los hermanos necesitan ayuda. Si procuramos que tengan apetito por la Palabra, no es suficiente reprenderles por su desgana. También hay que proporcionarles sermones y estudios que

inspiren, que edifiquen, que consuelen. El hambre espiritual se crea desde el púlpito. Si pretendemos que los hermanos tengan un compromiso con la intercesión, no es suficiente exhortarles a que asistan a la reunión de oración. Hay que estructurar la reunión de una manera participativa y amena, donde se enseñe a orar y donde todos se marchen con la sensación de haberse acercado al trono de la gracia. No hemos practicado la comunión sentándonos en bancos, mirando adelante y escuchando todos callados un sermón. Hacen falta medios que fomenten la conversación, que propicien el intercambio personal, que favorezcan el crecimiento de amistades genuinas en el pueblo de Dios. Son grupos de coloquio, estudios participativos, células en las casas, además de comidas de iglesia, excursiones, y retiros de fin de semana.

La iglesia local ha de encarnar las cualidades que antiguamente se daban en la ciudad de Jerusalén. Para que así sea, no basta con programar reuniones. Hace falta que los responsables analicen delante del Señor cómo hacer cada cosa lo mejor posible, para que la iglesia reunida verdaderamente sea una fuente de dirección, provisión, renovación, y protección. Para que la cercanía al Señor redunde en beneficios tangibles para la vida de las personas.

Aspectos de la edificación

El capítulo 3 de Nehemías sugiere toda una serie de reflexiones sobre la tarea de edificación espiritual. Para Nehemías, se trata de una obra de construcción netamente física, pero para el creyente del Nuevo Testamento, hay aplicaciones espirituales que orientan el proceso de echar el fundamento, de edificar a otros, de edificarse unos a otros, y de dejarse edificar.

Edificar significa esforzarse para algo que va más allá de la familia y el trabajo. Frente a una infinidad de problemas -de pura supervivencia- los judíos que volvieron de Babilonia con Zorobabel estaban continuamente tentados a replegarse en lo íntimo, lo personal y familiar. Era demasiado difícil levantar el templo del Señor de nuevo, con tantos enemigos alrededor y tan pocos medios materiales. Los profetas Hageo y Zacarías, sin embargo, recuerdan al pueblo que Dios honra a los que le honran, y que ese *“honrar al Señor”* pasa por trabajar seriamente para levantar un testimonio para su nombre. Si los creyentes colaboran en la obra con fervor, habrá bendiciones ahora y la certeza de bendiciones aún más espectaculares en el futuro.

En nuestros días, hay cristianos que limitan su compromiso espiritual a la asistencia a algunas reuniones. A veces hay buenas razones: los horarios laborales son cada vez más absorbentes, y muchas veces los dos cónyuges tienen que trabajar. Para algunos, la distancia entre el hogar y la capilla (un problema en las grandes ciudades, por el elevado precio de la vivienda), acaba cansando y debilitando la implicación en las cosas del Señor. Algunos están de vuelta de experiencias de sobrecompromiso en el pasado, y no quieren cometer los mismos errores. Otros se sienten limitados por las necesidades de sus niños pequeños. Otros simplemente sienten hastío respecto a la vida eclesial, y no ven motivos para asistir a más reuniones.

Edificar significa acercar la Palabra de Dios a personas concretas, de una manera intencionada. Se requiere más que coincidir en reuniones solamente. Es una cuestión de buscar maneras de forjar vínculos personales con el fin de ayudar, bendecir, estimular en el crecimiento cristiano. Proverbios dice, *“Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Pr 27:17)*. Las palabras claves son *“rostro”* y *“amigo”*. La afiladura mutua (es decir, el estímulo mutuo en las cosas del Señor) ocurre en un contexto de amistad, de relación.

Lo que se aprecia en el capítulo 3 de Nehemías es el número de personas que anteponen el proyecto de edificar a sus propios intereses. Hay plateros, perfumeros, y comerciantes que aparcan sus negocios habituales para dedicar dos meses a levantar la parte del muro que se les ha asignado (**Neh 3:8,31-32**). También hay oficiales municipales y provinciales, desde gobernadores a humildes funcionarios, que abandonan sus tareas administrativas durante un tiempo para dar prioridad a la edificación (**Neh 3:7,9,12,14,15,16,17,18,19,29**).

La idea en todo esto es que el cristiano está llamado a glorificar a Jesucristo en todos los frentes: *“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”* (**1 Co 10:31**). No existe ninguna disyuntiva entre lo sagrado y lo secular. El creyente vive para Cristo en todas las esferas, buscando honrarle en su trabajo, en su familia, con su dinero, en su tiempo de ocio, y en sus amistades. En todo, sin embargo, siempre se esforzará para bendecir a otras vidas. Participará activamente en su iglesia local para - desde la iglesia- acercarse intencionadamente a alguien, con el fin de ayudar al otro a conocer a Jesucristo mejor.

En la edificación del testimonio del Señor, los obreros, ancianos, y colaboradores son catalizadores para que la obra se lleve a cabo, aunque no hacen toda la obra. En tiempos de Nehemías, el primero en levantarse a poner manos a la obra fue Eliasib, el sumo sacerdote, con *“sus hermanos los sacerdotes”* (**Neh 3:1**). Luego los sacerdotes, los levitas, y los sirvientes del templo ocupan un lugar destacado en todos los tramos de la muralla (**Neh 3:17,22,26,28**). Esto sugiere el principio espiritual de que los responsables en la iglesia local han de espolear el progreso de la obra. Esto lo hacen primero con su ejemplo de carácter cristiano: *“...siendo ejemplos de la grey”* (**1 P 5:3**). Así el apóstol pudo decir, *“os ruego que me imitéis”* (**1 Co 4:16**).

Los guías de las iglesias también adelantan la obra con su enseñanza de la Palabra. Hageo y Zacarías profetizaron en su día, y como resultado los judíos se levantaron y comenzaron a reedificar la casa de Dios (**Esd 5:2**). Los pastores y maestros están puestos en las iglesias para *“perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”* (**Ef 4:12**). La obra del ministerio es de todos los santos: todos participan, pero los pastores y maestros los capacitan para que los demás sepan qué hacer y lo hagan bien.

La formación para la obra parte, en primer lugar, de un ejemplo de vida cristiana coherente. Luego se articula con la enseñanza de la Palabra, y se dinamiza con un ejemplo de servicio activo e incansable (**1 Co 16:15-16**). Habiendo sentado estas bases, aun se requiere algo más. Cuando (**He 13:17**) habla de los pastores que velan por las almas de los fieles, y que han de dar cuenta al Señor de su pastoreo, sugiere la necesidad de un *“sobrevivir”* (siendo ellos los episkopoi, los sobreveedores, del rebaño) responsable: no sólo para que se convoquen las reuniones estipuladas, sino para que todas las facetas de la vida de iglesia cumplan tres propósitos: 1) que sean fieles a las exigencias bíblicas, 2) que tomen en cuenta las personas particulares que configuran la congregación, y 3) que el programa de la iglesia se ajuste para que estas personas - desde su contexto y con su bagaje personal- avancen en su amor a Jesucristo. Este último punto exige una evaluación constante de las distintas actividades eclesiales, para asegurar que no se programe sólo por inercia (*“siempre lo hemos hecho así”*), sino movidos por el Señor y sensibles a la dirección del Espíritu. Entonces se podrá modificar el programa de la iglesia donde sea necesario.

Edificar significa centrarse en la iglesia local. Nehemías levanta las murallas de Jerusalén porque esta ciudad era el lugar escogido por Dios para manifestar su nombre. En el Nuevo Testamento encontramos que Pablo insiste a Timoteo que la iglesia (es decir, la iglesia local, la de Éfeso en este caso) es *“columna y baluarte de la verdad”* (**1 Ti 3:15**). La concreción histórica y geográfica del pueblo de Dios es lo que permite manifestar la

virtudes de Jesucristo ante los ojos de la sociedad. Cuando Jesús dice a sus discípulos que *“en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”* (**Jn 13:35**), se refiere a la expresión tangible del amor entre un grupo concreto de personas conocidas. La dinámica local testifica de la grandeza del Señor.

Llama la atención en Nehemías 3 la participación de personas que vienen de otros lugares para trabajar en el muro de Jerusalén. Hay hombres de Jericó (**Neh 3:2**), de Tecoa (**Neh 3:5**), de Gabaón y Mizpa (**Neh 3:7**), de Zanoa (**Neh 3:13**). Hay una referencia a los *“varones de la llanura”* (**Neh 3:22**). Para todos ellos, Jerusalén era lo más importante, porque iba a ser el lugar donde Dios se manifestaría una vez más a través del ritual del templo (aun sin el arca de la alianza, que había desaparecido).

Cuando Jesús traslada las cualidades de Jerusalén a todos los lugares donde se iban a reunir sus discípulos (**Mt 5:14**), sugiere que ese lugar -para cada uno en su caso- sería la prioridad. La preeminencia de Jerusalén se traduciría en la preeminencia de la iglesia local, dondequiera que cada uno se encontrara para vivir con Cristo y servir al Señor. Esto sugiere que la iglesia local ha de ocupar el lugar preferente, antes que otros ministerios, otras iglesias, o incluso la obra nacional. Antes de *“arreglar la casa del vecino”*, hemos de aportar para que nuestra propia congregación llegue a ser todo lo que debe ser en el plan de Dios. *“Aportar”* en este caso significa preocuparse, pensar, hablar, orar, y analizar los distintos aspectos de la vida eclesial, para que todo refleje con la máxima nitidez las bendiciones que fluyen de la cercanía a Dios: su dirección, su provisión, su renovación, su protección.

Donde sea posible, la edificación puede ser un proyecto de familia. Hay un hombre que trabaja en la muralla, un tal Salum, que edifica con sus hijas (**Neh 3:12**). Esto testifica de una visión compartida en el seno de la familia. Los hijos han adoptado los mismos criterios que los padres, y luchan codo a codo con ellos para que haya un testimonio de Dios en la tierra.

Una familia que sirve al Señor juntos goza de un testimonio extraordinario. Hay un peso específico que convence. Así fue el caso de Estéfanos en Corinto: *“Hermanos, ya sabéis que la familia de Estéfanos es las primicias de Acaya, y que ellos se han dedicado al servicio de los santos”* (**1 Co 16:15**). Cuando Pablo dice que el anciano de iglesia debe tener a sus hijos en sujeción con toda honestidad (**1 Ti 3:4**), se refiere a una situación en que los hijos abrazan libremente los mismos valores espirituales que sus padres. Para que esto ocurra, debe haber un ejemplo de vida que los atraiga y una convivencia -con Cristo como centro- que les parezca mejor que todas las otras opciones vitales.

Hay muchas maneras de plantear un servicio desde la familia. El fundamento de ello es la visión de llegar todos juntos a la meta, aunque esto signifique correr más despacio a veces. Así fue la visión de Jacob, que por un tiempo tuvo que avanzar *“al paso de los niños”*, para que toda la familia llegara sana y salva (**Gn 33:13-14**). El servicio no es de uno solo; si puede ser un ejercicio compartido, la bendición espiritual será mayor a la larga.

Hay muchas maneras de aportar a la edificación de la obra, aun teniendo limitaciones. Varias personas edifican un tramo de la muralla justo enfrente de su casa: Jedaías (**Neh 3:10**), Benjamín y Hasub (**Neh 3:23**), los sacerdotes (**Neh 3:28**), Sadoc (**Neh 3:29**). Hay uno, un tal Mesulam, que edifica enfrente de su cámara (**Neh 3:30**), que sugiere una restricción aún mayor.

Si recordamos que el hecho de edificar significa acercar la Palabra a las personas, en un contexto de confianza y amistad, entonces hay que tener en cuenta que no todas las épocas de la vida ofrecen la misma libertad. A veces hay fuerzas físicas, una mente

despejada, y un horario que permite muchos compromisos. En esas temporadas, conviene servir mucho, en muchas cosas, con el fin de bendecir a muchas vidas. En otros momentos, sin embargo, las fuerzas flaquean. Se dan enfermedades, surgen problemas a nivel familiar o laboral, o hace falta cuidar a la abuela. La madre con niños pequeños se encuentra limitada, como para servir al Señor haciendo muchas cosas por allí fuera.

Sean cuales fueren las limitaciones impuestas por las circunstancias de la vida, sin embargo, siempre hay alguien en cuya vida el creyente puede influir para bien. Un vecino de habitación en el hospital, un compañero de trabajo, una dependienta donde se compra el pan. Edificar significa asumir el compromiso de bendecir a otra persona, a tocar otra vida, aunque las circunstancias hayan reducido el círculo de contactos al mínimo. Siempre se puede edificar en alguien, aun cuando sea *“delante de tu cámara”*.

Edificar es una vocación vitalicia; el creyente nunca se jubila de ello. Los tecoítas restauran una porción del muro (aun sin sus dirigentes, **(Neh 3:5)**), pero luego restauran otro tramo más **(Neh 3:27)**. Son incansables. Tienen “nervio” para hacer el bien. Su iniciativa nos recuerda que siempre habrá más cosas que edificar: más vidas que tocar, más temas en que profundizar. Edificar se refiere al acercamiento intencionado a otras personas con el fin de ayudarlas a crecer en Cristo. Hay conocimientos que transmitir, costumbres que demostrar, hábitos de vida que comunicar. La plena formación espiritual de un ser humano dura toda la vida, y un creyente con más experiencia en la fe siempre puede aportar algo para que el proceso siga adelante.

Se trata de construir las murallas y colgar puertas con cerraduras y cerrojos. La esencia del proyecto consiste en levantar un baluarte para proteger a los que están dentro, de otros que están fuera. Es la noción antigua de ciudad que se aprecia en toda la Biblia, a partir del huerto de Edén: un recinto cerrado que incluye por un lado, y excluye por otro. Hay seguridad para los que viven cerca de Dios, y una barrera que impide que los impíos alteren la paz de los redimidos. En tiempos de Nehemías, se repite lo de las cerraduras y los cerrojos **(Neh 3:3,6,13,14)**. Para que el culto del templo se celebrara en paz, hacía falta una barrera defensiva. Si no, los enemigos se llevarían los animales para los holocaustos, con el trigo, el aceite, y el vino que los acompañaban. Sin seguridad, los adoradores no se arriesgarían a subir a Jerusalén para las fiestas estipuladas. Estarían expuestos a la violencia de los que no compartían la misma visión espiritual. Para que el ritual se pudiera celebrar -con el consiguiente anuncio de Cristo que daba sentido a todo ello- era imprescindible marcar las diferencias entre los que estaban dentro y los que estaban fuera.

Las murallas y las puertas sugieren varios conceptos importantes para la iglesia local (¡que va más allá de poner candado a la puerta de la capilla!). *“Muralla”* habla de separación. Si la sal ha de frenar la podredumbre del mundo, tiene que ser diferente al mundo. Si la sal se vuelve insípida, no sirve para nada. La muralla alrededor de la iglesia es el mensaje de la Palabra de Dios, que contrasta radicalmente con los valores de este mundo (en **Ez 13:5** el muro se refiere a la profecía verdadera). Esto implica una declaración de fe clara y una enseñanza doctrinal sin ambigüedad en los asuntos principales.

Hay prácticas eclesiales que también mantienen la diferencia entre los que están dentro y los que están fuera, como el bautismo -con la necesaria preparación previa para asegurar que ha habido una verdadera conversión- y la mesa del Señor, limitando la participación a las personas que han dado testimonio público de su fe a través del bautismo. La disciplina eclesial, en sus múltiples manifestaciones, también sirve de muralla para la iglesia. Si una persona profesa la fe de Cristo pero no vive conforme a lo que profesa, se le excluye en algún sentido: tal vez de algún ministerio o servicio, o de la participación de la mesa del

Señor, o de la membresía (la excomunión total). La doctrina bíblica, el bautismo, la mesa del Señor, y la disciplina forman un conjunto de medidas que marcan la diferencia entre los que están dentro y los que están fuera.

Al mismo tiempo, sin embargo, *“puerta”* habla de una invitación. Las puertas admiten a los que están fuera, para que no sigan alejados. Las cerraduras de la puerta sugieren que la persona que entra debe pasar por la experiencia de la conversión a Cristo (“pasar por el aro”), y el hecho de la puerta anuncia una bienvenida para toda persona sincera que quiera acercarse a Dios. *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt 11:28).*

El apóstol Pablo anima a los corintios a pensar en los incrédulos e indoctos que podrían asistir al culto, y modificar el desarrollo de la reunión para que éstos no se escandalicen (**1 Co 14:23**). Del mismo modo, hacemos bien en analizar los distintos elementos del culto con “ojos de inconverso”. La persona de la calle, ¿qué pensaría de lo que hacemos? ¿Lo entendería? ¿Hay algo que podría representar un estorbo? Evidentemente, no se trata de abandonar principios fundamentales para ofrecer un espectáculo televisivo. Precisamente uno de los aspectos de la iglesia que más atrae es su arraigo en las cosas eternas e inmutables. El hombre y la mujer posmoderna anhelan la estabilidad de un mensaje que permanece intacto en medio de las turbulencias de la sociedad. Pero queremos que brille el atractivo inherente a la nueva vida en Cristo, sin que ninguna práctica heredada levante barreras y acabe ofuscando el mensaje de salvación.

Nehemías resalta un nombre en la lista de los que colaboraron en la obra, Baruc hijo de Zabai (**Neh 3:20**). La cualidad que llama la atención en Baruc era su fervor: *“con todo fervor restauró otro tramo”*. Es un buen ejemplo para el cristiano de hoy. Aportar para que se levante un testimonio del Señor en la tierra, acercando su Palabra a personas concretas (es decir, edificando), requiere entrega, ganas, deseos, entusiasmo. No hay proyecto que merezca la pena tanto como éste. Sólo este proyecto da fruto para toda la eternidad.